

MAGGIE CASSIDY

JACK KEROUAC

Traducción de Federico Corriente

CONTRA

Maggie Cassidy

© 1959, Jack Kerouac

Publicado originalmente por Avon Books, Nueva York

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Traducción: Federico Corriente

Diseño y maquetación: Emma Camacho, a partir del diseño de colección de Setanta

Primera edición: Julio de 2016

© 2016, Contraediciones, S.L.

Psje. Fontanelles, 6, bajos 2ª

08017 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© 2016, Federico Corriente, de la traducción

© Elliott Erwit / Magnum Photos / Contacto, de la foto de Jack Kerouac de la solapa y de la página contigua (Nueva York, 1953)

© Allen Ginsberg, de la foto de Jack Kerouac de la contracubierta (Nueva York, 1953)

© American Stock / Getty Images, de la foto de la cubierta (pareja basándose en un descapotable, 1945)

ISBN: 978-84-945612-0-7

Depósito Legal: DL B 14.273-2016

Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.



Sobre la traducción

Maggie Cassidy, novela escrita por Jack Kerouac en 1953, no fue publicada hasta 1959, tras el éxito de *On the Road*. La primera edición de Avon Books (que es la que se ha utilizado para esta traducción) es la única versión no expurgada existente, ya que todas las ediciones posteriores suprimieron la posdata de la carta que Vinny Bergerac (Fred Bertrand) le envía a Jacky Duluoz (capítulo 38), además de introducir muchas otras modificaciones menores aquí y allá. Al enterarse de esta supresión, Kerouac defendió las «obscenidades» que contenía el fragmento en cuestión como fundamentales para retratar al personaje de Bergerac, pero no logró hacer recular al editor de Avon, Tom Payne.

A la hora de analizar el estilo de escritura de Kerouac es importante tener en cuenta el hecho de que secciones importantes de algunas de sus obras —también *Maggie Cassidy* entre ellas— fueron escritas en francés, o más exactamente, en *joual*, sociolecto del francés hablado por la clase trabajadora de Montreal. La lengua materna de Kerouac era esta y hasta los seis años de edad no habló ninguna otra. Los lectores de Kerouac están bien familiarizados con las frases en el francés de la inmigración francocanadiense de Nueva Inglaterra con las que este solía salpicar sus novelas (microcosmos cultural este que ha hecho imprescindible y deseable el empleo de gran número de notas aclaratorias). Lo que no se sabía —hasta 2006, cuando pudo accederse a sus archivos— es que Kerouac redactó en francés gran número de manuscritos que, además de guardar estrecha relación con su obra escrita y publicada en inglés, arrojan nueva luz sobre el proceso creativo del escritor; cuya lengua materna, combinada con los ritmos sincopados del jazz, el habla afroamericana y la influencia de la «*langue verte*» de Céline, le permitió expresar con el máximo colorido su condición de desarraigado en una Norteamérica en la que era imposible vivir y escribir en otra lengua que no fuera el inglés.

Así pues, la adopción de un peculiar conjunto de «principios programáticos» para la creación literaria por parte de Kerouac —que tenía ilustres antecedentes tanto en la literatura francesa (Rimbaud) como en la anglosajona (Joyce)—, pudo verse favorecida, sin duda, por su bilingüismo. Pese a su manifiesta hostilidad a los procedimientos razonados y metódicos de composición literaria, Kerouac dejó tras de sí «guías» acerca de «cómo escribir prosa contemporánea».

Una de las más importantes («Essentials of Spontaneous Prose», 1959), en la que abogaba, entre otras cosas, por «suprimir las inhibiciones literarias, gramaticales y sintácticas», contiene dos declaraciones muy a tener en cuenta a la hora de abordar la traducción de cualquier obra de Kerouac:

MÉTODO: nada de marcas de puntuación que separen oraciones-estructuras ya arbitrariamente atiborradas de falsos dos puntos y comas tímidas y habitualmente innecesarias, sino el vigoroso guión de espacio que separa la respiración retórica (como el músico de jazz toma aire entre frases)—«las pausas medidas son la esencia del discurso»—«divisiones de los sonidos que escuchamos»—«el tiempo y cómo proceder a su notación» (William Carlos Williams)

VISTA PANORÁMICA: nada de «selectividad» expresiva sino libre desviación (asociación) de la mente por infinitos océanos de pensamiento soplando-sobre-el-tema, nadando en el mar del inglés sin otra disciplina que el ritmo de la exhalación retórica y la objeción expresa, como un puñetazo sobre la mesa con cada declaración completa, ¡paf! (el guión de espacio)—Sopla y escribe tan profundamente como quieras, pesca tan hondamente como quieras, satisfécete primero a ti mismo, y el lector no dejará de recibir el shock telepático y el significado-emoción mediante leyes idénticas que operan en su propia mente humana.

En lo que se refiere a la primera, cuando el autor habla en primera persona como narrador, hemos respetado (salvo donde choca con la peculiaridad e inteligibilidad del castellano) el uso de los guiones de espacio y las comas por parte de Kerouac. No lo hemos hecho así, sin embargo, en los diálogos, donde la mayoría de guiones no hace sino reemplazar a los puntos suspensivos. Y en lo que concierne a la segunda, dejaremos que el lector juzgue hasta qué punto nos ha acompañado el éxito a la hora «mantenernos a flote» en la tempestad léxica*, gramatical y sintáctica desatada por Kerouac.

El traductor

* Kerouac crea gran número de palabras de cosecha propia (a veces fusionando dos palabras preexistentes y otras inventándoselas de cabo a rabo), que hemos traducido siempre que ha sido posible. Ahora bien, en el caso de sustantivos cuyo significado solo conoció su autor, los hemos transcrito en el idioma imaginario del original.

MAGGIE CASSIDY

JACK KEROUAC

1

Era Nochevieja, y nevaba en el Norte. Los chicos venían tambaleándose por la carretera llena de nieve cogidos del brazo intentando mantener de pie a la figura del centro, que cantaba él solo con voz triste y quebrada lo que había oído cantar al vaquero del Gates Theater el viernes por la tarde: *Jack o diamonds, Jack o diamonds, you'll be my downfall*¹. Pero como no se sabía la parte de la perdición, cuando llegaba a *Jack o* se le quebraba la voz y cantaba a la tirolesa con una especie de gangueo tipo salvaje oeste. El que cantaba era G. J. Rigopoulos. La cabeza le colgaba como la de un borracho mientras arrastraban sus zapatos a través de la nieve, con los brazos caídos y boquiabierto como un idiota, en un tremendo alarde de absoluta indiferencia que tenía a todos los demás esforzándose por sostenerlo entre la nieve y resbalando. Pero de su garganta muñecarrota brotaban las notas quejumbrosas *Jack o diamonds, Jack o diamonds*, mientras caían directamente sobre sus cabezas grandes y espesos copos de nieve. Era el Año Nuevo de 1939, antes de la guerra², antes de que nadie conociera las intenciones del mundo con respecto a América.

Todos ellos eran francocanadienses, salvo el griego, G. J. A ninguno de los otros, Scotty Boldieu, Albert Lauzon, Vinny Bergerac y Jacky Duluoiz, se le había ocurrido nunca preguntarse por qué G. J. había pasado toda su infancia con ellos en lugar de con otros chicos griegos como amigos íntimos y almas gemelas de la adolescencia, cuando le habría bastado con atravesar el río para ver a un millar de chicos griegos o subir a la colina de Pawtucketville para llegar a un barrio griego bastante grande y hacer un montón de amistades allí. Que G. J. nunca acababa entre griegos podía habersele ocurrido a

1. «Sota de diamantes, sota de diamantes, serás mi perdición.» [N. del T.]

2. Estados Unidos no entró en la Segunda Guerra Mundial hasta finales de 1941. [N. del T.]

Lauzon, «Lousy», que era el más empático y reflexivo de la pandilla; pero como todo se le ocurría a él, nunca había sacado a relucir el tema—aún. Pero el amor que los cuatro chavales franceses profesaban al griego era fantástico, sincero, a cara descubierta, inocente del resto de cosas del mundo, e iba completamente en serio. Se aferraban a él como si la vida les fuera en ello, siempre en ascuas por saber cuál sería la siguiente broma que tuviera a bien realizar en calidad de comediante del Rey. Estaban caminando bajo inmensos y hermosos árboles de ramas oscuras de negro invierno, brazos oscuros retorcidos y sinuosos de la acera para arriba; descollaban sobre la calzada de Riverside Street, formando un techo ininterrumpido a lo largo de varias manzanas más allá de las viejas casas fantasmales con grandes porches y luces navideñas muy al fondo; reliquias inmobiliarias de cuando vivir a la orilla del río suponía y requería arquitectura cara. Pero ahora Riverside Street era un batiburrillo que arrancaba en una minúscula tienda de ocasión griega iluminada con luz parda al borde de un arenal del que bajaban calles de bungalows hacia el río; y de ahí a un terreno arenoso que hacía las veces de campo de béisbol y que era algo así como el escenario de la confluencia de malas hierbas, de pelotas nulas rompe ventanas y de hogueras nocturnas de octubre encendidas por maleantes y golfillos urbanos, categoría esta última a la que habían pertenecido y todavía pertenecían G. J. y su pandilla.

«Pásenme una bola de nieve, caballeros», dijo G. J. espabilando súbitamente de su borrachera fingida al tiempo que se tambaleaba. Lauzon se la entregó sin vacilar con una risita expectante.

«¿Qué vas a hacer, Mouse?»

«¡Darle pal pelo como a un bolo!» gruñó. «¡Hacer rebosar revoluciones! Los eructantes alzarán sus zancas para cagarse en las costas del sur, Palm Miami Beach...», e imprimiéndole un efecto de tralla largo y cruel lanzó la bola de nieve contra un coche que pasaba por ahí estampándose la blanda y explosivamente en plena delantera y dejando en el parabrisas y en los ojos de todos ellos una estrella reluciente mientras se desternillaban de risa y se daban palmadas en las rodillas; el «plop» se había escuchado justo lo suficiente para atraer la atención del conductor, que iba al volante de un viejo Essex de motor

ruidoso con un cargamento de leña y un árbol de Navidad y unos cuantos troncos en la parte trasera y algunos más delante que sujetaba un chiquillo, su hijo, granjeros de Dracut; se limitó a volverse fugazmente echando chispas por los ojos y siguió conduciendo con gesto adusto hacia Mill Pond y los pinos de las viejas carreteras de asfalto.

«Ja, ja, ja, ¿habéis visto qué cara ha puesto?» aulló Vinny Bergerac estremeciéndose de entusiasmo y dando saltos por la carretera y agarrando a G. J. para someterle a un salvaje zarandeo de júbilo histérico. Por poco se caen a un banco de nieve.

Un poco más a un lado, y en silencio, caminaba Scotty Boldieu, con la cabeza inclinada y sumido en sus meditaciones como si estuviera solo en una habitación contemplando la punta encendida de un cigarrillo; ancho de hombros, bajo, de rasgos afilados, acicalado, algo moreno, de ojos castaños. Se volvió para contribuir con una pequeña carcajada introspectiva y de cortesía al jolgorio general. A la vez se percibía en su mirada una chispa de incredulidad ante las bufonadas de los otros a su vera sombría, un reconocimiento grave y sorprendido por su parte, una especie de liderazgo del silencioso espíritu marineramente compartido por todos ellos, de manera que Lousy, viéndole tan absorto en sí mismo y ajeno a la hilaridad, apoyó la cabeza en su hombro por un instante con una risotada de hermana mayor y lo zarandó para salir de dudas: «Eh Scotty, ¿no has visto a El Mouso cascarle esa bola en todo el cristal al tío, igual que esa vez que lanzó el helado contra la pantalla cuando estábamos viendo aquella peli sobre la ejecución de la hipoteca del Crown? ¡Jesús! ¡Qué fiera! ¡Hostia!».

Scotty se limitó a hacer un gesto con la mano y asentir, mordiéndose el labio antes de darle una calada honda y taciturna a su Chesterfield, seguramente el trigésimo o cuadragésimo de una nueva vida, diecisiete años y condenado al tajo de forma gradual, lenta, pesada y relajada, trágico y hermoso, viendo cómo la nieve adornaba sus cejas y su cabeza, bien peinada y descubierta.

Vinny Bergerac era flaco como un palo, gritaba a todas horas y era alegre; su padre debió de llamarse Gozo; dentro de su locamente ondeante abrigo de actividades y chillidos con la pandilla, su cuerpe-

cillo delgado y demacrado pivotaba sobre unas caderas inexistentes y unas piernas largas, pálidas y trágicas. Su rostro era delgado como una cuchilla, anguloso y apuesto, como cincelado con una lima de uñas; ojos azules, dientes blancos, unos ojos brillantes y de mirada enloquecida; llevaba el pelo mojado, peinado hacia delante hasta formar un tupé y luego peinado hacia atrás con cepillo y gomina, alisado y oscuro bajo el pañuelo de seda blanca; sus cejas sobresalían un poco como unas cejas a lo Tyrone Power³ de consciente y perfecta elegancia. Pero había sido un loco atolondrado desde el minuto uno. Sus carcajadas estallaban y rechinaban por la silenciosa carretera nevada donde los trabajadores navideños inclinados sobre su tarea con botellas y paquetes se sorbían los mocos en mitad de la noche. La nieve caía sobre su cabeza y atravesaba los locos vahos de sus gritos. G. J. se había levantado de nuevo de su sepultura en la nieve, donde «esa maldita rata» había caído, y como estaba blanda se había hundido estremeciéndose de frío en ella; ahora, levantándose cubierto de blanco, agarró a Vinny por debajo de la cintura y se lo echó al hombro antes de aplicarle esa proyección de helicóptero que todos habían visto en los combates de catch del Rex y la CMAC⁴, así como en sus propios patios traseros, patrocinados por ellos mismos—asilvestrados y gritando a voz en cuello, bailaron a la espera del inevitable momento culminante en sus orgullosos y ondeantes gabanes adolescentes.

Ni siquiera habían empezado a beber.

G. J. y Vinny cayeron juntos al banco de nieve y se hundieron en él, y todo el mundo bailó y aulló; la nieve voló, parte de ella procedente de ramas estremecidas en lo alto de la noche; era Nochevieja.

3. Actor cinematográfico estadounidense (1914-1958) célebre por sus papeles de apuesto espadachín. [N. del T.]

4. Catholic Middle School Athletic Conference, organización patrocinadora de acontecimientos deportivos para institutos católicos masculinos. [N. del T.]